

**Dr. JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA**

EX - SUBDIRECTOR DEL ARCHIVO y MUSEO HISTÓRICO NACIONAL  
EX - PRESIDENTE DEL INSTITUTO HISTÓRICO y GEOGRÁFICO

---

ELEMENTOS PARA LA HISTORIA DEL URUGUAY

# GOBIERNO Y ÉPOCA DE SANTOS

□

1.ª SERIE

□



30.039  
78.050

MONTEVIDEO

(URUGUAY)

• 1940 •

AF2706. SB. F4

1563



# INDICE

	Pág.
A manera de prólogo .....	5
La carrera militar .....	9
Factor decisivo en la caída de Latorre .....	20
Ministro de Guerra de Vidal .....	23
Presidente de la República .....	26
La banda presidencial .....	30
La revolución de Layera: 1885 .....	36
La muerte del Teniente Schilemberg .....	44
El caso Flamand .....	50
Carralón de Larrúa .....	55
Remisión de la deuda de guerra y devolución de los trofeos al Paraguay .....	64
La estancia del Colorado .....	72
Angel Firpi .....	79
Su Excelencia y el carrero viejo .....	84
La revolución de 1886. — Buscando jefe .....	89
Un manuscrito inédito sobre la campaña del 86 .....	96
Prórroga del mando .....	102
El atentado del 17 de agosto .....	110
La tragedia de Gregorio Ortiz .....	117
Después del atentado .....	126
La última fotografía de Ortiz .....	135
La partida para Europa .....	138
En Europa. — Opinión de los médicos .....	146
Los meses de Río de Janeiro .....	152
La vida en Buenos Aires .....	160

## FOTOGRAFÍAS

	Págs.
Máximo Santos, Capitán, en 1871 .....	12-13
Máximo Santos, Teniente Coronel, jefe del 5.º .....	20-21
Máximo Santos, Capitán General, 1886 .....	28-29
Coronel Máximo Layera .....	36-37
Antonio Carralón de Larrúa .....	60-61
Santos en la estancia del Colorado .....	76-77
Gregorio S. Ortiz .....	116-117
Santos herido .....	132-133
Gregorio S. Ortiz muerto .....	140-141
Máximo Santos en París, 1887 .....	156-157



### COMITÉ EDITOR:

Dr. Asdrúbal E. Delgado, Presidente;  
Contr. - Alte. Prof. José Aguiar; Dr. Luis Bonavita;  
Dr. Gustavo Gallinal; Ricardo Grille; Luis Hierro;  
Luis F. Lorenzo Deal; Prof. Simón Luciux; Raúl H.  
Mac-Gregor; Cap. de Fragata Carlos A. Olivieri;  
Prof. José Pereira Rodríguez.

## A MANERA DE PRÓLOGO

—Padre, nadie sabe cómo tiene el alma nadie...

Así hablaba el Capitán Jorge Pacheco frente al Convento de San Francisco, en los días inciertos de setiembre de 1808, tan aclarados desde las páginas de "Ismael".

Y fray Benito, prudente hasta encontrar apenas "un aspecto raro" en el teniente de blandengues José Artigas, se lamentaba de los juicios injustos que caen sobre los hombres, porque la imperfección de los métodos permite la condena sin hondo examen, haciendo imposible que se levante la verdad desde una fuente viciada y turbia.

Al franciscano lo atraía ya el buceo del alma, y lo intentaba iniciando el estudio de los personajes desde el mismo medio en que actuaron. Un hombre público es una estatua empotrada en un friso. Todos los hombres públicos parecen esculturas decorando los tiempos. "Separarlos del muro a que están adheridos, embelleciendo y completando el conjunto del edificio, es cercenar a éste y mutilar a aquéllos."

Esta es la explicación de toda la novela histórica de Acevedo Díaz. No arranca de su medio natural los personajes. Llega



hasta la tierra en que actuaron, y los ilumina con el triple rayo del testimonio, la tradición y el documento. Para él, como para el fraile al que prestó su pensamiento íntimo, el pasado "es un cuerpo sin cabeza que se alumbra a sí mismo, sirviéndole de linterna su propio cerebro".

Cuando esa linterna se apaga, puede dejarse caer en el huido tiempo el resplandor de la verdad, obtenida por aquella severa alquimia: el testimonio depurado, la digna tradición, y el documento que los hombres escribieron sin darle trascendencia.

Quien haya arrojado en la noche de los tiempos esa tremenda tea encendida, puede jactarse de poder devolver a los fantasmas estudiados, su antigua alma perdida. La ha arrojado entre nosotros el Dr. José M. Fernández Saldaña, y a la luz de su estela va escribiendo sus biografías.

Si es que ya existe en nuestro país el grupo de historiadores que se ha atrevido a abordar la historia contemporánea, aún la más próxima, él lo encabeza. No le preocupa la cercanía de los tiempos. Cree que no hay tema que no pueda tratarse, ni personaje del que no pueda dejarse una silueta. Radica el secreto del triunfo, en un instinto hecho temperamento. Santos Goyán decía a propósito de esto: "Es el gato en el bazar". El comerciante puede mirarlo sin erizarse. Sus movimientos silenciosos no producirán la caída de una sola pieza.

Una sola deja caer el Dr. Fernández Saldaña. No todos los muertos son buenos, ni la justicia de Dios es la más segura. Hay que retratar a los hombres con su alma habitual.

Esto acarrea trastornos, y crea enemistades. La descendencia conserva encendida la lámpara ante el recuerdo. Ya se sabe, por otra parte, que no es la paz la compañera fiel de los historiadores. Andrés Lamas es digno de admiración dentro de los muros que inmortalizó la Defensa. No merece en cambio el mismo respeto, en su gesto de aceptar el Ministerio que le tiende Varela, gobernante desprejuiciado, hasta el punto de serlo al margen de la Constitución y de las leyes.

En este libro el autor encara la figura del Capitán General,

para acercarse al hombre. Antes de que el Dr. Fernández Saldaña la estudiara a fondo, Santos era poco conocido. Lo cercaban dos tendencias extremas, y si una pretendía justificarlo, pedía la otra la cruz, para clavarlo en ella. Había una diferencia entre las dos. Mientras la execración era pública, la defensa de Santos pertenecía al fuero privado. Nadie intentó defenderlo cuando cayó. Llegada la hora, muchos de los santistas lo negaron. No hubo uno solo que escribiera su historia. Parecería como que esa historia perteneciera por derecho a los vencedores. Lo interesante es recordar que ni los amigos ni los adversarios del hombre a quien se llevó la más santa de las revoluciones, dejaban de ser sinceros, pero aun siéndolo, no podían menos de introducir pasión en el juicio. Había que sacar a Santos de esos extremos, desbrozando lo que sobraba a unos y a otros. La mejor definición de este libro, estaría en afirmar que es una tentativa en ese sentido.

Muchas veces el autor ilumina su cuadro de una manera singular, arrojando luz sobre los personajes secundarios que rodearon a Santos en su meteórica vida pública. Surgen así Carralón de Larrúa, Totó Nicosia, el panadero Firpi. De su conocimiento, se obtiene una idea más exacta del verdadero ambiente de la época.

Es imposible juzgar de dos maneras la administración de Santos, oscuro período de siete años, si se agrega a los cuatro de su mandato, los dos pseudo-gobiernos de Vidal. Continuó un período de arbitrariedad y de fuerza, si bien atemperado con relación al tiempo de Latorre, pero introduciendo en el gobierno nuevos factores de corrupción administrativa. Esto es lo que pensamos de Santos. Entretanto, no espere encontrarse en este volumen del Dr. Fernández Saldaña, ni a un panegirista, ni a un detractor. La moral que debe extraerse de su lectura, tiene que fluctuar entre dos frases proféticas. Esta es la de don Tulio Freire: "Alguno lo ha de hacer bueno a Santos". Y esta, la del Dr. D. Martín C. Martínez: "Bastante habrá que perdonarle al Capitán General".



El medio siglo transcurrido desde Santos hasta el año 1933, se ha encargado de dar valor a las dos sentencias.

En una de nuestras habituales conversaciones, nos dijo el Dr. Fernández Saldaña como cerrada síntesis de lo que pensaba sobre Santos:

—Era un hombre de talento y de garra; le faltaba civilización.

Verá el lector la razón de este juicio. Viene de un historiador que confina con César y con Froissard. Si del segundo parece venirle la manera franca y la sencilla relación, del primero tiene, sin duda alguna, la dignidad. Por eso hay que leerlo con respeto y con veneración. Así leía Montaigne la "Historia de las Galias".

LUIS BONAVIDA.

---

Tratándose de estudios aislados, se ha procurado darles la unidad cronológica indispensable. Breves notas en las soluciones de continuidad, permiten seguir sin tropiezos el desarrollo de los hechos.

(N. del A.)

## LA CARRERA MILITAR

La clave de la historia del Capitán General Máximo Santos, se halla en la historia del Batallón de Cazadores N.º 5.

Sin el Quinto —el nombre suena más eufónico y más popular así a secas— la carrera militar y política de este hombre que gobernó la República como Presidente Constitucional del 1.º de marzo de 1882 hasta el 1.º de marzo de 1886 y como Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo del 24 de mayo al 16 de noviembre del mismo año, sería inexplicable.

El día que se decretó la creación de aquel nuevo cuerpo de infantería de línea, ese día es el día inicial del asombroso y galopante encumbramiento del que hasta la víspera no pasaba de un oscuro Capitán, Mayor Graduado, cuyos confusos ascensos nunca se pudieron explicar bien.